

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

LA SEMANA SANTA.

Imposible nos es dejar de decir algo de la Semana Santa, por mas que circunstancias especialísimas nos hayan tenido alejados de sus solemnidades. Fuerza será por tanto referir lo que de ella hemos sabido, si bien no dejaremos de presentar algunas observaciones propias conservadas de otros años, puesto que no han variado, que sepamos, en el presente las circunstancias que produjeron aquellas.

Sabemos que los templos han estado extraordinariamente concurridos, que en ellos ha reinado el recogimiento y la devoción que la religiosa Cádiz sabe guardar en todos los actos del culto, y tenemos por seguro además que se ha dado á estos todo el decoro, toda la gravedad, toda la grandeza que exigen los altos misterios que en tales dias se celebran. La Semana Santa ha sido, por tanto, una legítima consecuencia de la pasada cuaresma; cuaresma la mas fecunda acaso que aqui hayamos conocido en predicación, en doctrina, en frutos de penitencia, así como lo fué tambien en la pompa, en el esplendor de sus festividades.

Pasemos ya al punto de las procesiones, las cuales, si no por su objeto, por sus consecuencias locales caen naturalmente dentro de nuestro dominio.

No tenemos que decir ahora, puesto que otras veces lo hemos dicho ya, que no estamos mucho por estas procesiones, al menos mientras no sufriesen alguna modificación radical en la manera con que aquí han es-

tado hasta ahora organizadas. Hacemos á los que las promueven la justicia de creer que los guía en ello un fin laudable, un objeto de devoción pura, apreciamos sus esfuerzos por dar á esos cultos toda la magnificencia que con razón admira á naturales y forasteros; pero creemos que la casa de Dios es mucho mas á propósito para eso que las calles, donde las sagradas imágenes, donde los signos del cristianismo se encuentran harto mas que allí espuestos á la irreverencia; porque donde quiera que acude la gente en tumultuosas oleadas, donde se apiña y se estruja, y eso en medio de la noche, y eso donde la vigilancia es imposible, no es natural el suponer que todos, ni aun los mas, vayan allí tan penetrados del espíritu de devoción que no se deslicen á palabras ó acciones mas profanas de lo que fuera menester, y á que tan ampliamente convidan las circunstancias de aquel momento.

La procesion de N. P. Jesus Nazareno verifica su salida á las dos de la madrugada, y dicho se está que la cuarta parte al menos de la población no duerme. El campo de la Cárcel y demás inmediaciones del convento de Santa Maria están desde muy temprano encombradas de gente, y en verdad que el espectáculo que ofrece aquella trasnochada muchedumbre suele ser bien poco edificante. Desde allí, y en proporción que se adelantan los pasos en la carrera, todo aquel bullicio se derrama por el resto de la ciudad, pudiendo asegurar nosotros que desde el fondo de nuestra habitación oímos en la madrugada del Viernes Santo cantar por las calles, no saetas, sino coplitas muy cucas, á las que solo faltaba la salsa de la guitarri-



lla para que nos creyéramos en carnaval.

A dicha, cediendo á la autoridad de superiores insinuaciones, la procesion se retiró este año á su templo á las ocho de la mañana; y decimos a dicha, porque en tantas horas como ha permanecido otras veces en las calles es de todo punto imposible el conseguir se mantenga órden y concierto en una procesion.

La del Santo Entierro dicennos que fué brillante, como siempre, si bien no tan considerable cual otras veces el número de nazarenos; pero en compensacion el coro de ángeles era mas que nunca numeroso. Sin embargo, ¿cómo es posible exigir que no decaiga el lucimiento y hasta la compostura durante siete horas mortales de carrera? ¿Cómo se obliga á niños de tiernísima edad á que permanezcan en sus puestos tan largo espacio de tiempo, cuando ni se exige ni se pudiera exigir á los que cuentan otros años? A las cuatro y media de la tarde comenzaron á salir los pasos del templo, y á las nueve y media de la noche aun estaban frente á la parroquia de San Antonio. Desde allí fué aquello casi una completa dispersion. Desapareció el convite, los ángeles que aun quedaban volaron para sus casas, y á paso de carga volvió á Santa María el exiguo resto del acompañamiento. ¿Por qué pues no se remedia este grave inconveniente? ¿Por qué no se lleva la procesion mas de prisa, ó si eso no es posible, no se acorta la carrera?

Y á todo esto las gentes corren de un lugar á otro para ver la procesion otra vez mas, y vocean, y chillan, y se traban de palabras con el vecino que le usurpó el puesto, y se empujan, y se codean, y hasta se abofetean, y hasta hay camorras y palos; que todo esto trae consigo la obscuridad, y esto en un Viernes Santo, en el gran dia de recogimiento, de luto, de meditacion, en un dia del que pudiera decirse, hurtando la felicísima espresion aplicada á la festividad del Córpus por el arriero andaluz de que nos habla Capmani, *dia en que no debieran ni volar las moscas*.

F. F. A.

TEATROS.

No habiendo concurrido aun á ninguno de ellos, nada pudiéramos decir de las alteraciones que han sufrido en la organizacion de sus compañías, á no habernos valido de lo que oficialmente han manifestado, bien así como de las noticias que por otras personas hemos logrado adquirir. De ellas resulta que el Principal no ha variado en la esencia, si bien ha cambiado alguna leve parte de su personal, habiendo pasado al Balon la Sra. Alvarez y los Sres. Ballesteros y Quintana. Permanece en aquel el Sr. Delgado, cosa que presentaba ciertas dificultades. En el trasiego ha recibido en cambio el Principal del Balon á la Señorita Cabello y al Sr. Yañez. El Circo se ha hecho firme con su compañía de zarzuela, y segun nos cuentan es el teatro que hoy tiene menos motivo de quejarse de falta de concurrencia. Decididamente *Los diamantes de la Corona*, *Mis dos mugeres*, *Jugar con fuego*, *El valle de Andorra* están haciendo la olla gorda á aquél coliseo. De todas estas compañías y de todas estas novedades hablaremos á su tiempo, esto es, por impresiones propias.

El Principal, en los dias que van trascurridos desde Pascua ha presentado casi otras tantas novedades, como *Una lágrima y un beso*, *La verdad en el espejo*, *Rioja*, y aun previene otras mas, segun tenemos entendido. De ellas solo conocemos por la lectura la primera. Fúndase en los amores de la reina D.^a María Ana de Austria con D. Fernando de Valenzuela, amores negados por algunos historiadores y admitidos por otros, habiendo bajo la fé de estos últimos escrito Victor Hugo su Ruy Blas, si bien el autor francés, por una consecuencia natural de sus opiniones, supone al favorito lacayo del duque del Infantado, y no paje suyo, que es lo que parece en efecto que era.

El Sr. Larra, en su comedia de *Una lágrima y un beso*, toma un sesgo que no nos parece el mejor, puesto que supone que aunque la reina estaba enamorada de Valenzuela, ahogó ella misma su pasion todavia naciente casándole con D.^a Maria de Uceda, dama suya. ¿Pero entonces, preguntamos nosotros, á qué lo hizo su primer ministro

y su privado, toda vez que en él no había méritos para ello, ni contaba servicio alguno hecho al estado, ni aun era siquiera conocido de la reina cuando le habló por primera vez pocos días antes en una velada de San Juan? ¿A qué casarlo, y sin embargo tenerlo siempre á su lado? ¿No habría sido mejor para su tranquilidad no hacerlo ministro ni privado suyo si al cabo queria curarse de su pasion bácia él?

Otro dia acaso analizaremos esta obra con mas estension, puesto que de las producciones destinadas al teatro no se juzga con cumplido acierto hasta que se ven en el terreno para donde su autor las creó, esto es, en la escena. Por eso esperamos la ocasion de verla ejecutada; si es que, como suponemos, se vuelve á presentar ante el público.

F. F. A.

ALBUM DE ESCENAS ANDALUZAS.

El calesero.

Una calesa, aunque sea por su objeto un mueble destinado al movimiento, es por su forma, por sus accidentes y por sus ventajas una negacion absoluta del progreso artístico é industrial. Fiel á sus primitivas tradiciones no ha variado un ápice en su especialísimo corte, en su ornato, en sus accesorios todos. Ella conserva su mismo fuelle, su mismo forro de tripe, y sus mismos muñecos pintados en la trasera. Para ella no se han inventado los muelles, ni las ruedas de rayos alternados, ni nada en fin de esas otras muchas cosas buscadas para comodidad del que camina, y ciertamente no parece sino que todos estos vehículos se han vaciado en el propio molde. Ellos subsisten y se multiplican á despecho de las diligencias, de las góndolas, de los trenes de los ferro-carriles, y aun viven de ellos como plantas parásitas: quien lo dude acuda á cualquiera de las estaciones de Jerez ó del Puerto, y allí se asombrará del prodigioso número de calesas que acuden á sus puertas para encargarse de traquetear al

prójimo, á quien la urgencia de sus asuntos ó la premura con que el vapor sale no le permiten confiar este cuidado á sus piernas.

Ahora bien, el calesero es una consecuencia natural de la calesa, y como ella, jamás varia, siendo imposible confundirle con nadie, como no sea con otro calesero. Pantalón de ancha campana, zapatos de vaca, marsellés sobre el brazo en casi todas las estaciones, pañuelo en la cabeza, y calañés sobre las cejas. Todo esto puede llevarlo otro cualquiera; pero de seguro ninguno lo llevará como el calesero. El es resuelto y amañado como hombre que pasa su vida en el camino, frecuentemente servicial y hasta franco; pero es tan listo y esperto en todas las triquiñuelas de un ajuste, que de seguro cada viage ha de costar diez disputas al que lo emprende, por mas que haya procurado ser esplicito con su conductor, y por mas que este le asegure al embutir en su potro aquella víctima que él es incapaz de reñir por una peseta mas ó menos.

Tal es la figura representada en la estampa que acompaña.

F. F. A.

LA FLOR DE LAS RUINAS.

Relacion de un suceso por Fernan Caballero.

CAPITULO I.

A principios de este siglo, y antes de la invasion de los franceses en la peninsula Ibérica, se habia reunido una numerosa sociedad en una de las casas de campo que circundan á Lisboa como macetas de flores.

Entonces la política estaba circunscrita al gobierno: ¡ojalá sucediese hoy lo mismo! así podríamos decirle con el descanso que exclamaba un marido al contemplar el panteon de su mujer:

*Ci gît ma femme... Ah! qu' elle est bien
Pour son repos, et pour le mien! (1).*

De esto resultaba que en las sociedades no

(1) Aquí yace mi mujer,
Ella descansa y yo también.

disputaban sino que se divertían los concurrentes. No tomaban los hombres para darse importancia y talante de hombres públicos, esos afectados aires de *madurez* (harto desmentidos en la vida privada,) no se anticipaba una agria y criticadora vejez; por el contrario se prolongaba, alguna vez con exceso, una alegre y móvil juventud, lo que á lo menos no hacia á los hombres antipáticos, hipócritas y arrogantes, ni peor al gobierno.

Las mujeres, sin tener pretensiones algunas al espíritu de independencia que le quieren inocular las ideas avanzadas, no aspiraban á ser *libres*, pero eran de hecho soberanas, lo que engendraba el buen gusto y finura de aquella sociedad. La influencia de la mujer es la mas selecta cultura que recibe el hombre. La señora de la casa en que se hallaba reunida la que hemos mencionado, estaba sentada á la mesa, cubierta esta de un opíparo refresco. Apesar que aquella habia pasado su primera juventud, era aun muy bella, y aunque con su acostumbrado buen trato se ocupaba sin cesar de las personas que tenia á su lado, sus negros y hermosos ojos no se apartaban de un jóven elegante y bien parecido, que estaba sentado á los pies de la mesa. Uno de sus vecinos, que era íntimo amigo de la casa, lo notó y se sonrió: entonces ella le dijo en queda y conmovida voz:

—¿No es cierto que es muy hermoso?

—Como que es vuestro vivo retrato; contestó su amigo.

—No, no, repuso la señora; yo soy pequeña y él tiene la persona de su padre.

—Verdad es, contestó su vecino, que tiene la aventajada estatura de su padre; lo que no obsta á que tenga las perfectas facciones de su madre.

Este hijo acababa de llegar de Inglaterra, en donde su padre, que era un cónsul extranjero, habia dispuesto que se educase, y en regocijo de su regreso se daba la presente fiesta.

Habíase la concurrencia levantado de la mesa, y formaba ahora diferentes grupos; unos cerca del piano, otros al lado de las mesas de juego, y otros en el terrado ante la casa para gozar del fresco y de la hermosa vista que desde allí se extendia en prolongada lontananza, mas bella aun á la mágica luz de la luna, que reflejada en el mar, le daba un brillante horizonte de plata.

La dueña de la casa se sentó al lado de la abierta puerta del jardín, y á poco el recién llegado vino á sentarse á su lado.

—¿Qué hermoso es esto, madre mia! exclamó con entusiasmo.

—¿Con que no has olvidado del todo á tu pa-

tria en los diez años que has estado ausente, hijo mio?

—Oh! no; contestó el jóven; pero las imágenes que conservaba mi memoria eran las que vi en mi niñez con mis ojos de niño, las que son por consiguiente completamente distintas de las que percibo ahora.

—¿Y cuáles te agradan mas?

—Me seria difícil decidirlo, señora; lo que sí puedo asegurarnos, es que lo que ahora veo tiene la ventaja de una sorpresa admirativa, sin haber perdido el indefinible encanto que el recuerdo le presta. Así es que gozan á un tiempo mis ojos y mi corazón.

—Te parece pues bella, aun viniendo de Londres, nuestra Lisboa? preguntó con patrio orgullo la hermosa portuguesa.

—Bellísima, madre, ¿cómo no me lo habia de parecer aquella hermosa, cuyos pies besa el Tajo con sus dulces labios y el Océano con sus saladas olas, y que retirándose de ambos como altiva doncella, se refugia á las faldas de su madre, que la corona de mirtos, azahares y jazmines como á una ninfa?

—¿La amas pues mas que á la soberbia Inglaterra? preguntó con gozo su madre.

—Sí por cierto: la Inglaterra es grande y bella, pero lo es como una estatua de mármol. Tiene el porte digno y frio de una princesa, y no inspira amor ni simpatía. Así es que todo inglés que puede hacerlo, vive la mitad de su vida ausente de su patria, y nosotros no nos hallamos sino en ella, puesto que ellos aman á su país por reflexion y nosotros al nuestro por sentimiento. Que hayan los ingleses formado á su país, ó que su país los forme á ellos, de ambas maneras preside á esta obra de cabeza la frialdad; así es que en aquel país se piensa mas, y en el nuestro se siente mas; el inglés ADMIRA á su país, nosotros AMAMOS al nuestro.

—Muy cierto! exclamó su madre. Tu padre me llevó recién casada á Inglaterra. Todo lo hallé muy hermoso en aquel país de las perfecciones materiales; pero, hijo mio, añadió poniendo su mano sobre su corazón, este rincón que tenemos aquí, no lo hay allí (1).

(Se continuará.)

(1) Bellísima y significativa espresion de una señora española á su regreso de Londres.

PARA UN ALBUM.

EL DIA.

LA AURORA.

Huye la niebla que oscurece el monte,
Luciendo su matiz los prados bellos;
Aparecen del alba los destellos
De franjas circundando el horizonte.

Pálido el firmamento, silencioso,
Vela cuando aun el mundo yace en sueño,
Solo el canto escuchándose risueño
Del jilguero dulce y melodioso.

Vagando acá y allá la leve brisa
Prende en sus alas perfumado ambiente,
Meciendo la azucena transparente
Que nivea en los pensiles se divisa.

Brillan bellas las gotas del rocío
Cual perlas sobre flores desprendidas;
Mil avecillas miranse esparcidas
Por los aires vagando a su albedrío.

Y se escucha el cantar del campesino
Y la campana de cercana aldea;
Y cual cinta argentada serpentea
El arroyo entre flores peregrino,

Y susurran las hojas en el viento,
Y Febo con sus franjas de colores
Le da vida a las aves y a las flores
Que esperan su llegada con contento.

Todo es bello en la aurora; si, muy bello,
Risueños prados con pintadas flores
Acordes cantos, gratos resplandores,
Del lucero del alba fiel destello.

EL MEDIODIA.

En mitad de su carrera
Luce esplendoroso el sol,
Con sus tintas de arbol
Alegrando la pradera.

De la lejana ciudad
Se aperciben los rumores
Y de las lozanas flores
Contéplase la beldad.

Busca en las matas el ave
Refugio al calor insano:
Del arroyuelo cercano
Se oye el murmullo suave.

Las gotas del primo albor
Con el calor se evaporan,

Y mustias se descoloran
Las flores con el calor.

El aire está sofocante,
Reina la calma do quier,
Brindando paz y placer
La enredadera fragante.

LA TARDE.

Ya va declinando el sol:
Ya el ave dejó su lecho
Volviendo a entonar alegre
Su acorde y sonoro acento.
Ya frescas están las flores;
Y sus perfumados pétalos
Embalsamando las auras
Prestan delicia y consuelo.
Ya de arreboladas tintas
Se colora el firmamento
Allá por donde se oculta
El encendido lucero.

Ya el prado frescura presta;
Ya murmura el arroyuelo
Reflejando en él las flores,
Y en sus aguas recojiendo
Las hojas que desprendidas
De los tallos robó el cierzo.

Pero con rápido paso
Va deslizándose Febo,
Do quier dejando frescura,
Do quier dejando sosiego.
Y queda el valle sombrío,
Y el ruiseñor y el jilguero
Entonan de despedida
Sus postrimeros acentos.

Y a otras regiones el sol,
A otros mares y desiertos
En su rápida carrera
Va su marcha dirigiendo.

LA NOCHE.

La noche llega con su oscuro manto
Sembrado de luceros luminosos;
La luna melancólica entretanto
Contornos da a los prados misteriosos.

Las frescas auras con incierto giro
Esparcen la fragancia de las flores;
Escúchase el dulcísimo suspiro
Del zagal que cantara sus amores.

De algun ave nocturna se oye el canto;
Y el rumor de los vientos en la altura;
En las sombras contéplase el espanto,
El tétrico terror en la espesura.

Todo es mustio y sombrío allá en la noche;
Reina do quiera sepulcral pavora,
Cierra la flor su delicado broche,
Y oprime al corazón negra tristura.

Duerme entonces el mundo; duerme, duerme

Y su calma apacible nada inquieta:
El mundo yace en paz, vegeta inerme,
Mientras vela en su afán triste el poeta.

Y ve cual huye la fugaz mañana
Siguiendo su carrera el mediodía,
Llevándose tras sí la tarde ufana,
Viniedo tras de aquesta noche umbria.

Humo leve, fugaz, no interrumpido,
Que marca al hombre su postrer momento;
Que pasa, mientras yace adormecido
Entre dicha y placer, pena ó tormento.

Y pasan, huyen, corren, vuelan días,
Llevándose tras sí placer y llanto,
Envueltos en dolores y armonías,
Dejando al corazón pesar y encanto.

Agostando del alma los fulgores...
Y el mundo aqúeste es, esta es la vida,
Cadena de placeres y dolores
Que se rompe en el día de partida.

(Remitido.) E. G. M.

Un hecho histórico y varias anécdotas.—Por Fernán Caballero.

Sentada la reina en su cámara, miraba con dolor ausentarse á un anciano, que abrumado bajo el peso de los años, se apoyaba al andar en un báculo. Este anciano era su confesor, que cercano al sepulcro, se veía obligado á dimitir este alto cargo.

Afligida y preocupada á la reina el cuidado de la elección del que debía suceder á este anciano, puesto que, profundamente religiosa, miraba la dirección de su conciencia como el asunto mas grave de su vida. Bajo esta impresión, resolvió someter esta elección al confesor, en el que depositaba toda su confianza.

Hecho cargo el venerable anciano de los deseos de la reina, consultó con el docto superior de un convento de Toledo, cuyo saber y acierto conocía, y este le contestó que en su convento existía un monge, que le parecía la persona mas propia y digna para tan alta misión.

Obtenido el beneplácito de la reina, fué requerido el mencionado monge, y al llegar á la corte le fué anunciado el puesto honorífico que le confiaba la reina; pero este se negó resuelta y angustiosamente á aceptarlo.

No obstante, convencido por la persuasión del anciano, á la que tanta fuerza daban su virtud, su vejez y su rango, accedió. Mas el mismo día que por vez primera confesó á la reina, desapareció de la corte.

Hiciéronse pesquisas, y se supo que se hallaba

el fugitivo en Toledo en su convento, y oficiado por autoridad superior á su prior, mandó este al monge bajo obediencia disciplinaria, que volviese á la corte con el cargo de confesor de la reina.

El monge obedeció, y pocos dias despues de su llegada recibió aviso de su real penitenta, para que se hallase á la siguiente mañana en la real capilla.

Cuando en esta entró la reina, halló al monge en el confesionario: á su habitual y esquiva reserva, reemplazaba una digna y severa calma.

La reina se arrodilló, dijo una oracion, y en seguida se sentó en el sillón de terciopelo colocado al intento en el confesionario.

«Prosternaos, Señora, dijo el monge; aquí se habla á Dios, aquí se le confiesan las culpas; aquí se implora el perdon; y esto, solo postrado puede hacerse».

La reina se levantó y se prosternó en silencio á la voz de ese pobre monge.

Esta reina era Isabel la Católica; ese pobre monge era, el que fué Cardenal Cisneros (1).

El duque de Bourbon Condé, que era muy cica-tero y muy necio, enseñaba un dia á Mr. de Brancas un paquete de acciones del Mississipi que habia comprado: «Monseñor, le dijo este, una sola de las acciones de vuestro abuelo, vale mas que todas estas».

Refiriendo uno á Miguel Angel, á manera de vilipendio, que habia visto á Rafael, que empezaba á descollar entonces, borrar una cabeza que habia dibujado, le contestó Miguel Angel: «Hace, borra, quita y pone? ese sabe y á ese temo».

Un dia viendo uno de los generales de Napoleon de aventajada estatura, que no podia alcanzar este que era pequeño, un libro que se hallaba en la tabla alta de su estante, le dijo: «Yo lo alcanzaré, Señor, que soy mas alto que V. M.»—«Diga V. mas largo», repuso Napoleon. (Esta incisiva distincion entre el sentido moral y material de las palabras, es mas propio en frances, en que *grande* se aplica á la altura hablando de la talla.)

Cuando la guerra de la Independencia, estaba el

(1) Hemos oido referir este hecho á varias personas entendidas, y aun nos ha asegurado un sugeto fidedigno que lo ha leído en unas memorias manuscritas. Lastima es por cierto que si existen estas memorias no se les dé publicidad, sobre todo en la actualidad, en que los extranjeros é indigenas se han ocupado con tanto entusiasmo del reinado y de la persona de esa gran é inmortal soberana católica.

general Castaños de capitán general del ejército, y era de continuo asediado por un oficial de no lijera sangre, el que lucía en la manga de su uniforme varios escudos de buenas, hábiles y oportunas retiradas. Un día entró con bastante franqueza en el despacho del general á tiempo que este se hallaba muy ocupado. «¿De qué es ese escudo que lleva V. en la manga?» le preguntó el general. «Señor, de la retirada tal», contestó el interrogado. «¿Y este otro?» volvió á preguntar el jefe. «De la retirada cual», tornó á contestar el oficial. «Pues mire V.» le dijo el general, «retírese V. de mi despacho y póngase otro.»

Cuando en el año de 1823 regresó el rey Fernando VII de Cádiz á Sevilla, una de las señoras que fueron á sus audiencias, que era muy devota y en extremo sencilla, le dijo: «Señor, es preciso que vista V. M. por seis meses hábito de S. Antonio, que esa promesa he hecho al Santo en nombre de V. M.» «Sí?» repuso el rey, «te lo agradezco; pero tú que la hicistes, tú cumplesla.»

NOTICIAS TEATRALES.

De El Agente de los Teatros copiamos lo siguiente.

LISBOA.

TEATRO DE S. CARLOS.—La Norma murió antes de nacer, porque la empresa creyó dudoso su resultado; acertada anduvo, y como si presintiese la catástrofe que le aguardaba; anunciábase para el domingo 24 del pasado la ópera Marco Visconti y un paso bailable por Mme. Claved y Mr. Durand; pero al empezar la función un aviso fijado en los sitios de costumbre ponía en conocimiento del público quedaba suprimido el baile por disposición de M. S. Leon su director. La ópera dió principio, pero al llegar á la mitad del acto primero donde debía tener lugar aquel, un murmullo que fué creciendo hasta convertirse en gritería, cuyo eco era el baile, el baile, tomó tal incremento que el Sr. Bartolini, que empezaba su aria, tuvo que retirarse á las voces de fuera, fuera, el baile; desde aquel momento todo fué un continuo tumulto, las piezas de canto se suspendían para volver á empezar, creciendo por intervalos el desorden, hasta el extremo de tener la autoridad que suspender la función y devolver las entradas al público, lo que fué un segundo motivo de desorden por las dificultades que presentaban no solo los espectadores de buena fé, sino aquella parte de los que gozan en la confusión y baraunda; á esto dió lugar la exagerada é interesada pretension del señor S. Leon. Ojalá

serviera de escarmiento á las empresas maniáticas por los actores extranjeros, generalmente mas amigos de las monedas de oro, que de las coronas de laurel. En su consecuencia el teatro quedó cerrado por orden del gobierno, con tanta mas razon, cuanto está subvencionado por él mismo.

BARCELONA.

La Pasion, representada con buen resultado en el teatro del Liceo, ha sido la novedad propia de la época que nos ha dado la empresa del mismo: debemos decir en obsequio de la verdad que se ha puesto en escena con lujo y propiedad, y que la distinguida actriz D.^a Luisa Yañez ha contribuido al buen resultado de la función representando en catalan con la misma soltura que una hija del país. En el mismo coliseo se ha cantado la Luisa Miller de Verdi, y aplaudido á la señora Jullienne que es la protagonista, y que arrebató siempre á los barceloneses.

En el teatro Principal el actor Valero tambien se ha hecho aplaudir con la Bondad sin experiencia, El mejor Alcalde el Rey, el Avaro y la Hermana del carterero. Los bailetes El jardín fantástico y la Feria de Huelva, en los que se distingue la pareja Montero Senís, han alternado con el verso en aplausos y bravos.

MADRID.

A no ser por el drama anónimo Juicios de Dios, estrenado en el teatro del Principe á beneficio de D. Joaquin Arjona, la última semana apareceria tan exhausta de novedades escénicas, como tantas otras del año en que el critico apenas acierta á cumplir su compromiso solemne.

No repetiremos las variadas conjeturas que acerca de la procedencia de la dicha obra se han formado y se forman en los círculos literarios.

Nosotros no tenemos noticia de que el misterio se haya esclarecido, de lo cual no sabemos si recibir placer ó pena; placer nos causaría si el drama perteneciera á un joven que hace su entrada en la carrera dramática, porque de cierto nos autorizaria para esperar mucho de quien así se inaugurase, y pena recibiríamos si resultase fruto de algun poeta justamente aplaudido por obras anteriores, de algunos de los hombres que cultivan con honra y con brillo el difícil arte de Talia, porque entonces reputaríamos Juicios de Dios obra inferior á lo que de tales autores hay derecho de esperar.

La empresa solemnizó de una manera digna y brillante el aniversario del ilustre poeta Moratin. Se representó la siempre nueva, aplaudida y admirable joya de aquel insigne autor y de la literatura dramática, El sí de las niñas. esmeráronse los autores en su desempeño y alcanzaron un triunfo completo.

En el teatro Real se ha cantado la Traviata con gran éxito por parte de la señora Alaimo,

que cada vez conquista mas justas y arraigadas simpatias en el público, que le dispensa una ovacion en cada noche que canta.

Se ha estrenado La Batalla de Inkerman, composicion de don Carlos Llorens, músico mayor del regimiento de Saboya: consta de seis motivos; y entre ellos los hay de verdadero mérito y de gran resultado, y otros en que no todos pueden ni deben ser elogios. Es sin embargo indudable que la composicion es de mucho efecto y que agrada en lo general: la ejecucion nada deja que desear.

ORIENTAL.

Sultana la de negros ojos,
la de la tez de azucena,
la del hechicero talle,
la de la dorada trenza,
la del cuello de alabastro,
la de la voz de sirena,
la de labios de coral
la de sonrisa hechicera,
¿por qué del triste Aben-Zaide
no escuchas las dulces quejas
llenas de amor y respeto,
de encanto y dulzuras llenas?
¿Por qué permites, sultana,
que gima al pié de tus rejas
sin que tu presencia anime
sus trastornadas ideas?
¿Por qué permites que sufra
tantos dolores y penas?
¿Por qué benigna tu mano
no hace trozos mis cadenas?
Ven hacia mi, hermosa Zora,
ven hacia mi como vuela

á su nido una paloma
del cazador que la anhela.
Deja flores y pebetes,
que yo dulces cantinelas
al son de moruna gurla
te cantaré cuando quieras.
Ven, sultana, que un batel
inquieto en la orilla espera.
Ven á mi choza y serás
de mi y de mis bienes reina.
Yo tus sueños velaré,
yo haré feliz tu existencia
sin exijirte otra cosa
que una frase lisonjera.
Ven hacia mi, hermosa Zora,
ven hacia mi como vuela
á su nido una paloma
del cazador que la anhela.

Esto cantaba Aben-Zaide
de Zora al pié de sus rejas,
mientras ella se burlaba
de sus dolores y penas.

(Remitido.) M. R. y B.

Acompaña al presente número un dibujo de paisage.

Solucion del geroglífico anterior.

Casa con dos puertas mala de guardar.

GEROGLÍFICO.

